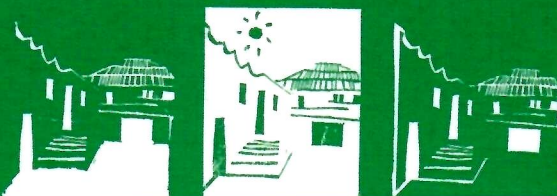


CUADRANTE



ROBERTO CASTROVIDO Y EL JOVEN VALLE-INCLÁN

OS ESPELLOS CONTRAPOSTOS

UNA CARTA ESCLARECEDORA: BAROJA Y VALLE-INCLÁN

*A OBRA DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN FONTE DE INSPIRACIÓN
MUSICAL. PAPELETAS PARA UN CATÁLOGO DE COMPOSITORES-I*

FARSA, BOBO Y MORTAJA

TEXTOS RECUPERADOS

POSIBLES MOTIVOS SOBRE VALLE-INCLÁN

EL VIAJE A OURENSE DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Nº 12

*Amigos
Valle-Inclán*

Vilanova de Arousa



CUADRANTE



Revista cultural da
«Asociación Amigos de Valle-Inclán»

ROBERTO CASTROVIDO Y EL JOVEN VALLE-INCLÁN

OS ESPELLOS CONTRAPOSTOS

UNA CARTA ESCLARECEDORA: BAROJA Y VALLE-INCLÁN

*A OBRA DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN FONTE DE INSPIRACIÓN
MUSICAL. PAPELETAS PARA UN CATÁLOGO DE COMPOSITORES-I*

FARSA, BOBO Y MORTAJA

TEXTOS RECUPERADOS

POSIBLES MOTIVOS SOBRE VALLE-INCLÁN

EL VIAJE A OURENSE DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Amigos
Valle-Inclán.

Vilanova de Arousa

CUADRANTE

PRAZA VELLA, 9
VILANOVA DE AROUSA.
APARTADO DE CORREOS Nº 66
www.amigosdevalle.com
Xaneiro 2006

Director:
Gonzalo Allegue

Subdirector:
Francisco X. Charlín Pérez

Secretario de redacción:
Víctor Viana

Consello de Redacción:
Xosé Luis Axeitos
Ramón Martínez Paz
Xaquín Núñez Sabarís
Xosé Lois Vila Fariña
Ramón Torrado

Xestión e administración:
Pablo Ventoso Padín
Ángel Varela Señoráns

Ilustracións:
Eugenio de la Iglesia (*Encabezamento de capítulos*)

Deseño e maquetación:
Nieves Loperena

Imprime:
Gráficas Salnés, S.L.

Dep. Legal: PO-4/2000

I.S.S.N.: 1698-3971

SUMARIO:

Juan Antonio Hormigón
*Roberto Castrovido y el joven
Valle-Inclán*..... páx. 5

Carlos Arias
Os espellos contrapostos páx. 18

Victor Viana
*Una carta esclarecedora:
Baroja y Valle-Inclán*..... páx. 34

Fernando López-Acuña López
*A obra de don Ramón del Valle-Inclán fonte
de inspiración musical. Papeletas para un
catálogo de compositores I*..... páx. 45

Gonzalo Allegue
Farsa, bobo y mortaja páx. 50

TEXTOS RECUPERADOS

Ramón Otero Pedrayo
Posibles motivos sobre Valle-Inclán.. páx. 65

Ramón Otero Pedrayo
*El viaje a Orense de don Ramón
del Valle-Inclán*..... páx. 80

*Cuadrante non manterá correspondencia sobre orixinais recibidos e non solicitados.
A responsabilidade das opinións verquidas pertence exclusivamente ós autores o mesmo que o respecto á propiedade intelectual, recaíndo sobre eles calquera acción xudicial no caso de producirse plaxio.*

Textos
Recuperados

POSIBLES MOTIVOS SOBRE VALLE-INCLÁN

por R. Otero Pedrayo

Domina en la obra de Valle Inclán una obsesión sostenida y terrible, sombríamente hermosa como singular privilegio de soledad, de muchos envidiado. Como lo fue el apretado y elástico haz de belleza, fiereza y cálculo lanzado en el deslumbrador salto de tigre de los Borgia. Como lo fue el poder del doctor Fausto, sin duda, por algunos de los que pudieron conocer su despiadado origen. Era en Valle Inclán una herencia fatal aceptada con soberbia dignidad, sin paliativos, sin buscar auxilio en sus muchos y finos saberes ni en la fuente regenadora de la fe y la poesía popular que tan vivas llevó a páginas sonantes a mañanas pascuales de purificación: el imperio esencial del pecado como sustancia y herencia del hombre. De cierta y limitada clase de hombres. La única que le importaba, para la que grabó en glíptica literaria palabras de ónix y diamante, y encendía quemando archivos enteros, troncos centenarios del bosque, fajos de misivas de amor y devoción, magníficas lumbres epilogales, émulas de los ponientes de otoño, de los áureos retablos del XVII. La suya, la de sus pares. Acepta la herencia y la redobla en orgullo. Es un patrimonio alodial. Ninguna ley puede someterlo a desvinculación. Valle Inclán, fuerte, indomable, acepta el legado que otros huyen y olvidan a fuerza de superiores invocaciones, de estratagemas sutiles en la íntima pugna. Carácter virreinal en lo decorativo y de primogénito en la entraña, recibe sin inmutarse las armas y espaldarazo de Lucifer. Aunque sabe cómo el tísico gato de ojos de fiebre le arañará en el corazón y que nunca le envolverá la «onda balsámica» de la mística capilla de la Corticela un día recordada. Valle Inclán, inteligente, más inteligente que intuitivo, quiere ser además el teorizador del mal. Y lo consigue. La calidad de escritor es uno de los pocos vínculos suyos con la sociedad ambiente y en más de sus tres cuartas partes despreciada. Maneja con grandeza su poder. Puede a veces quejarse de su duro dominio. Pronto se reitera suyo. Es su esclavitud pródiga en

pulir, abrillantar, rielar, encender, la piedra de crecientes y nunca limitadas facetas de su orgullo. Es, sin duda, exigente, incansable valor en la creación literaria. En el arte de esmaltes y bronce de Valle cobra el pecado singulares aspectos. Lejano lobo aúlla al fondo de las gándaras de las estirpes, se enrosca fría sierpe sabia en los lechos de rosas de la ilusión, uña de la gran bestia maléfica rasga los velos litúrgicos. Ni aún ante la evidencia angélica de los niños se disimula. Como potencia de signo negativo, el mal tiene que actuar y actualizarse sin descanso. El bien, aun en pequeña proporción aparente, puede esperar y dormir. Como los hombres de honrada conciencia. Estremece aquel pasaje de las *Sonatas* en que la niña se mata al apoyarse en las hojas mal cerradas de la ventana. Notemos, de paso, el valor de las ventanas, de su iluminación, de su misterio en Valle Inclán. Recuerda el que juegan, sirviendo a la luna y al amor, en la poesía erótica, teñida a veces de ruborosa melancolía, de Propercio. En la pira antigua se volvían ceniza sin esperanza la carne de rosa y la encantadora mariposa del alma y era lícito en el amante y en el poeta el culto, siempre breve, consagrado a la diosa del amor.

Valle Inclán, admirable estratega, hubiera brillado en los ásperos combates de los hidalgos gallegos del XV, peleando con grandes ademanes de tapiz y solapadas artes de vulpeja, por una puente, una behetría, un foral, como aparecen en las crónicas de Vasco da Ponte. Cuándo nos hechizan páginas de Valle con sus tardes de oro suspendidas en la punta de los dedos de los ángeles sobre fontelas y quintanas, sus minutos rítmicos de desnudos pies apenas tocando el rocío, sus silencios recorridos por la onda de una cordial palpitación, pronto, demasiado pronto el graznido del cuervo, el hálito de la flor ponzoñosa, un ladrar de mal contenidas jaurías maldecidas, nos devuelven a la experiencia del mal y su valor decisivo. El gran prosista y poeta lo razona, lo incluye en todos los acordes humanos, lo hace argumentar en sentencia casi patrística.

«... San Gundián, padre maestro,
mientras seas carne mortal
y al cielo mires en el día
la luz del sol te cegará
y en la noche las negras alas
del murciélago Satanás».

Otras, casi todas sus frases, no ostentan dialécticos primores. El magnífico don Juan Manuel Montenegro es bronco, jovial, humorista.

Jamás emplea razones ni a razones se rinde su alta estatura señorial sin deberes. Solamente en una ocasión decisiva, los flancos paternos asaltados por las dentelladas de los hijos, muerta en soledad y dolor la santa esposa, sorprendido por el remordimiento, una luz increíble en su día de fúlgidas cacerías, su noche de fanales y hogueras, se rinde a una razón, acepta en principio una teoría. No la debe a los hermosos códices, que desprecia, ni a los colegiales doctos en el Benedicto XIV, ni a los fuertes abades cazadores o goliardescos. Se la debe a un loco vuelto doctor y definidor de la noche impensada del alma, en el turbio amanecer después de la noche de tempestad atlántica mejor evocada de todas las literaturas, a Fuso Negro. Envuelve al mayorazgo la oleada podre de la turba mendicante. Cada uno con su acento, su queja, su mimo, su amenaza, su retórica. Son voces conocidas y aburridas. Pero Fuso Negro habla otra lengua que hace en el alma de don Juan Manuel una súbita y terrible claridad que ahuyenta el áspero pero consolador remordimiento.

En la cueva, versión tal vez no inquerida de la propuesta en la filosofía de Platón para morada del hombre pasajero, dogmatizada «Fuso Negro» con afilada y escueta lógica los principios del imperio absoluto de Lucifer en el misterio de la generación al robar para engendrar la facultad y la apariencia. No puede haber tálamo sin la posibilidad de mancilla.

Por lo cual, y don Juan Manuel lo palpa en la carne de su carne, el mundo está plagado de hijos de Satanás, como reitera el lúgubre raciocinante... Desde aquel momento, más cínico que avergonzado, el mayorazgo queda súbitamente libre con hiriente resplandor del único poder espiritual que un momento le embargó para salvarle. En tal instante terminan el mayorazgo y «*Romance de lobos*». Lo demás es juego de fatalidades concatenadas.



Valle Inclán habitó siempre en su plástico y delicado imaginar en un «pazo» ideal apenas identificable a través de encarnaciones posibles en mansiones nobiliarias del Ulla, del Barbanza o del Salnés. Un maravilloso e imposible «pazo» de gruesas raíces de poderosas savias extraídas de los valles y litorales paisanos, de siervos «taillables et corvéables a merci», como en los merovingios dominios franceses, hermoso

y labrado en pompas y gratuitas ofrendas barrocas de balconadas, escalinatas, fuentes y jardines con preferencia al oeste, combinando en el escenario de su contorno la gracia de los mirtos y las rosas, la dignidad como de monjes exclaustros de los cipreses cronistas, la envidiada riqueza paradisíaca del pomar, los acordes campesinos de patios y eras ligando el ritmo antiguo, casi intemporal y desdeñoso del «pazo» al sucederse en zodíacos virgilianos de las estaciones labriegas. La aldea rodea los muros y se acerca con respeto y temor al portón. Es el coro indispensable. Celebra las grandezas, condena en nombre de los antiguos señores ejemplares o míticos. No puede el coro vivir sin el agónico protagonista, pábulo de incesante comentario, piedra de toque, no poco amado por la limosna de unos puñados de orgullo a repartir como menudos cobres, sostenido por derechos y regalías y muertos terribles prontos a aparecerse en las encrucijadas. Y el «pazo» en un yermo moriría de tedio como un genial actor sin público. Necesita de la alabanza y de la crítica. Se saben observadas todas las ventanas y solanas y ello obliga a cumplir bien el papel. Juega el «pazo» a cada momento con la posibilidad excitante de la «jacquerie», la bronca subversión prendiendo lumbres de venganza en los pajares, en las grandes salas de viejos pisos quejumbrosos acostumbrados al insomne pasear de los grandes hidalgos maníacos. Descendencias de los reyes germánicos de blonda cabellera, leyendas de crueldad y magnificencia, una estela de santa mujer para aliviar a los grandes espejos del constante reflejar de liviandades bajo el signo de Aldebarán, lujos entre italianos partenopeos y franceses de Luis XV, una biblioteca donde los Padres del Yermo se sonrojan de la prosa fina salpicada de voluptuosidades de los abates empelucados del siglo XVIII que educaron la admirable y helada sensibilidad de Benjamín Constant. Un «pazo» colmado de las mejores y raras excelencias de las artes frívolas más gustosas con el condimento de antiguos heroismos —el Pausilippo, Trianón, Cintra— y del tributo en primicias del amor, el vino, la leyenda, de los enjambres de aldeas pegadas a la húmeda gleba, de los mayordomos leales o reticentes, las teorías de hombres labrados en étnico granito portando a las arcas el grano del Foro... Un mundo humano borroso y constante, sometido como las grandes arboledas a ciclos vegetativos...

Siempre vagó Valle Inclán, terrible y ululante fantasma reivindicatorio alrededor del «pazo» por él vivido en las horas de pasión, en los minutos lentos ninguno indiferente si altaneros desdenes y preseas de recuerdos los iluminan. En rigor Valle Inclán pasó su vida magnífica y

singular «acampanado». En Compostela, en el Méjico opulento y primitivo, en los días de soledad y armado en desafío de Pontevedra, en Madrid rondando por la bohemia o prendido en el exacto cumplimiento de su ascetismo, en Roma concediendo entre desdenes, soñando a través de la columnata de blancos fustes casi en ronda de ballet de Bernini con los rudos «esteos» de un pazo ilustre del Salnés. Valle Inclán toleraba una villa de largo pasado con atrios musgosos y conventos de monjas con derecho a sepultura y honras por estirpe cerca del «pazo». Ignoró la ciudad. Si conoció Madrid profundamente y no hubo calle ni palacio sin la honra o el baldón de la anécdota valleinclanesca, lo buscó obligado por su necesidad de tertulia y de palenque de contradicción deportiva. Sólo lo llevó a sus páginas bajo las fórmulas catóptricas del Esperpento. Sólo una ciudad reconoció porque es una linajuda tertulia de «pazos» y se pueden recorrer atrios y plazas sin apenas advertir la presencia del burgués y sí la del labriego con aire de pagador de foros, cortado para obedecer en la incesante robleada, y del artesano de la plata y el azabache, la luna y la noche del «pazo» íntimo y lejano. Tanto respeta Valle Inclán a Compostela, que la busca para morir. Depone orgullos en su umbral, y si traslada a villas blasonadas acordes perfectos compostelanos, no desenvuelve en las genuinas rúas ninguna trama esencial, como si en el alma se irguiera una presencia inspirada y terrible, tal vez exigiéndole un íntimo y no formulado voto de juventud.

El mundo de Valle Inclán se reduce a los hidalgos de nacimiento y altanería, los clérigos doctos o rudos, o goliardos en todo caso dueños de un poder decisivo sobre el diablo, los labriegos siervos, sin caracterización individual, arquetípicos y en escalón inmediato al señorío, los mendigos portadores de la fama o de la befa por atrios y ferias, y los gandules de toda clase y nación con tal de errantes y sólo burlonamente adaptados. Para descubrirlos, seguirlos y manejarlos, educó sabiamente su mirada Valle-Inclán en los cuentos y crítica defensiva del umbral labriego respecto del trajinante, desgarrado y entre ácido y despreocupado, de la gente vaga con el juicio decisivo y la blasfemia de la «gente de tralla» por los caminos, en la percepción rápida, genial, del garbo erótico, el filo de la valentía y el incansable humorismo de la Muerte jugando cínica o cómica, a veces astrosamente romántica, la farsa del arrabal y del mesón pueblerino. Empleó su mirada implacable de señor de «pazo» que de viaje se imagina el mundo rendido en el empeño de distraerle. Con claridad cervantina sabe Valle Inclán analizar la venta y el camino, en la luz castellana que

en sus páginas puede aislarse en brillantes e implacables focos de la luz cernida de Arosa y del Ulla solamente rendida al espejo del salón, de la ría, a la pupila legendaria. Contaba Valle Inclán del esplendor, casi cruel, de la luna en la Mancha cuando se dislocó un pie en una viajata para Valle Inclán encantadora por el peligro de unos crueles bandoleros, los «Juanillones», de los demás temidos. Ramón Gómez de la Serna es el poeta de la luz de Madrid. Valle Inclán compite con Baroja en el análisis de los amaneceres y los rostros despiadados. De las dos caras de su teatro y de su poesía casi siempre proyectada en escena, la bufa y la rococó, la primera logra en aguafuerte lo que en otros no pasó de croquis o de aguada, disuelto el color humano en lágrimas que no pudieron asomar nunca en los ojos del gran hidalgo extraño al dolor.



Los biógrafos, más de dos, certeros, discretos, de Valle Inclán, empiezan gozosos y admirativos a envolverle en redes de glosas en cuanto llega a Madrid, y se lanza a su iconoclasta actualidad como si el autor de «Luces de bohemia» hubiera nacido por feliz y casual conjunción de rebeldía juvenil, noche de cansados luceros y apostolado revolucionario de la belleza. Desconocen y olvidan —no aseguramos que quieran olvidar— su niñez y juventud, su herencia más elegida que rutinaria y aceptada. Conceden sin estudio que pase de la aureola exterior las constantes del lirismo y lo maravilloso galaico. Por el momento nos contentaremos señalando la fuerte inteligencia de Valle Inclán y su particular cultura literaria. Para sus condiscípulos en la Facultad de Derecho, Valle Inclán, que no abría un libro de texto, era la inteligencia del curso. Insistimos sobre noticias y recuerdos auténticos en tratarse de una mente especulativa, perspicaz, indiferente a la tentación versificadora de la edad y el tiempo. Los estudiantes que como Valle «subían» de Arosa a Compostela, se emocionaban al pasar frente a la casa envuelta en glicinias, morada de rubias y pensativas inglesas, muy pronto invitadas por la Muerte al inmediato cementerio de Iría Flavia. Es la casa de la estirpe y creemos que del nacimiento de Camilo José Cela. Valle Inclán, nada romántico, indiferente a Rosalía, pasaba entonces, hay derecho, un derecho de crítica simpatizante a pensarlo, por un proceso callado de imbibición de esencias, de algunas temáticas com-

postelanas con el tiempo florecidas en gloriosos y solitarios ramos.

Por algo el «pazo» gallego madura en el siglo XVIII, y sus hidalgos, si no olvidan cronistas elogiosos y doctores católicos, se entregan por curiosidad y gusto del riesgo a la claridad conceptual, la ironía y el amor entre amargo y candoroso de las ideas de los escritores llamados después de la «Ilustración». Daban un tono, una elegancia independiente. De un lado justificaban, de otro exigían. Valle Inclán —no sabemos si en las primeras lecturas, cuyo ritmo suele ser difícilmente olvidable—, en la biblioteca enciclopedística y romántica de Muruais, en Pontevedra, madrugó en intelectual virilidad e independencia en los autores del XVIII. Como su íntimo y siempre respetado amigo don Julio Cuevillas. No está muy lejos, a pesar de las apariencias, la independencia del «filósofo» del XVIII —recordemos el perfil de Stendhal— y la soledad de los genuinos románticos. Bastaría pensar en el primer Chateaubriand. El del «*Ensayo sobre las revoluciones*». Chateaubriand ejerció profunda influencia en la España y sobre todo, a causa de profundas afinidades apenas declaradas entonces, en la Galicia del XIX. Sus oscuros bosques a las lunas menguantes, su frágil y encantador goticismo, tendrían sombras lentas y palpitantes en los parques y caminos gallegos de Valle Inclán. Recordamos una lejana conferencia en el Ateneo en la que, recordando su torpeza en la escuela primaria, se comparó Valle Inclán con la cabeza «de acroche» usada por el maestro rígido de Chateaubriand para expresar la ineptitud de su alumno. «Yo no sé lo que es una cabeza de "acroche", pero supongo que debe ser algo horrible», dice el vizconde en las «*Memorias de ultratumba*».

Sin duda hay en Bradomín algo de Chateaubriand. Es fácilmente perceptible en la mezcla de cariño y respeto de una parte, y de otro, de desprecio y cansancio de los Borbones. Importa más otro rumbo. No es extraño el giro y rodeo obligado en nuestra investigación. En 1904 sale a la luz «*Flor de santidad, historia milenaria*». Aún en 1906 y 7, los jóvenes estudiantes la leíamos, maravillados y traspuestos en el velo ondulante de lluvia doncel palpitante de arco iris bellamente incompleto. Era un hechizo salvador en el descubrirse y fortalecerse en las mentes del Madrid, mórbido y claro, de motivos, cruel y «a priori» insatisfechos de aquellos años inolvidables. En siguientes lecturas, o al llegar a determinado meandro, arrojábamos el libro o una nube cargada de lluvia nos lo ocultaba, como si en el retablo de siempre inmarcesible y nueva belleza de la leyenda, el único hueco permitido a la suficiencia presumida de la risa sarcástica apoyada en el sentido

común, apareciera cubierto por un velo piadoso como el capotillo mariñán de Adegá, la pastora de «hermoso nombre antiguo». «*Flor de santidad*», aun no escrita en gallego, como nació en lo íntimo e indescriptible de la conciencia de su autor, pudo ser el poema de Galicia, de la pugna eterna del bien y el mal en fabla romántica y entonación barroca. Pudieron recitarlo todas las muchachas gallegas. Aunque hoy no «espadelen el lino», crecen como el lirio hacia la luz increada. Pudo haber sido nuestra Mireya y flor de nuestra dedicación mariana. Una sola expresión de la maldita dueña desgarrá para siempre el velo inconsutil de la prosa bordada de albas puras, mancha el tríptico de purísimos colores de nuestras aras. «La verdad, odiaría condenarme por una calumnia, mas paréceme que la rapaza está preñada». Valle Inclán con todo su desprecio de lo vulgar, con toda su admirable prudencia para huir del aplauso ordinario, cae de bruces en el café de los «espíritus fuertes», en la tertulia en Postdam de Federico II, embotinado y con espuelas, de sobremesa con Voltaire, Maupertuis y algún abate casanovesco. Le irritaba doña Emilia Pardo Bazán con sus «pazos» veraniegos y cae de bruces, con premeditación y sacrilegio estético, en la doctrina grata a Zola y a Taine de «*La madre Naturaleza*».

¿Es todo el relato una sofisticación? Queremos no creerlo. Para ello nos refugiamos en la prosa cincelada en bronces y marfiles de los maestros del clasicismo católico francés de un libro perfecto y falso: «*Volupté*», de Sainte-Beuve. Será una prueba de admirable oficio literario. Será un exvoto de incrédulo colocado para alejar con un tributo artístico posibles remordimientos en el altar de la antigua y prístina fe. Valle Inclán no debe permitirse el lujo del crítico de «Port Royal». Correcto y docto no es un genio del arte y Galicia no es Normandía. Un bretón hubiera volcado el ara huyendo de las alas sombrías del remordimiento, pero no colocaría en ella una mentirosa ofrenda.

En cierto sentido las narraciones entre novelísticas y teatrales de Valle Inclán en su primera época de constantes invitaciones a la evasión lírica, se aproximan a un género de tiempo en tiempo resucitado y devuelto a la atención pública, el que pudiera ser llamado ejemplar novela aristocrática. Posee un indudable valor, aun aparte de las excelencias literarias concedibles: juega en ella una constante de Europa y de la esfumada pero esencial unidad europea.

Su gran representante, el conde de Gobineau, reitera a veces sin estrategia, como hace Valle Inclán, con superior dominio de la oportunidad, el tema del valor indiscutible de la sangre noble. En realidad sólo adquiere cierta elemental estructura de novela, en el grado nece-

sario para planteamientos más eficaces de su tesis. Más se acerca Barbey d'Aurevilly. Su caballero Des Touches podría anunciar un desarrollo total de «*Cara de Plata*», a través de lo extraordinario manejado como cotidiano. Y en la «aristocratique petite ville de Valognes» hay silencios, tertulias, claustros, hermanos de Viana del Prior, en acendradas purezas y desdenes absolutos.



En el Esperpento y el Teatro esperpéntico, Valle Inclán desaparece. No es actor como en las *Sonatas*, en las guerras carlistas o *Jardín Umbrío*. Al desaparecer, al conseguir a fuerza de alquitarado desprecio y arte, la completa objetividad según su ángulo de observar, consigue según muchos sentires su obra mejor. Mira y maneja la sociedad isabelina con la saña fría y ya impasible del hidalgo de antiguas y fieles tierras desengañado de un golpe, en un baile, en una cacería, de la Corte que creyó noble e inspirada, elegante y ejemplar. La reacción es proceso y método frecuente en toda literatura y tiempo. En Valle Inclán alcanza una frialdad más allá de la indignación y la crítica que hace del lenguaje y estilo una sucesión única de helada de enero en la boca del borracho, crujir de planchadas enaguas prostibularias en la alcoba regia. Artes de tahir en quien no temió la difamación política ni las balas enemigas. Un carnaval arrastrando por la sucia alfombra los harapos últimos del manto tejido de indudables heroísmos por el romanticismo liberal tendido sobre los hombros blancos de una niña desamparada. Es en la escena la plebeyez política y la eterna pillería de la calle. Apenas nombra. Bastan el gesto y la sombra. No combate. No satiriza. No hace falta el Satán pavoroso ni la maldición puritana. Basta el juego de definitivas malicias tendido desde el palacio al café de Platerías y la última tasca. En tal juego, en otros escenarios —que descubierto el método su aplicación se vuelve incesante y hasta rutinaria— cae toda la sociedad española ciudadana. Notemos «ciudadana» como otra prueba del carácter y humor de hidalgo de «pazo» campesino.

Un retablo de astutos y viciosos fantoches manejados por un diablo menor al son del falso violín rascado por una muerte en garrote vil. Es el Esperpento, el grave juicio último de la historia reducido a «menor cuantía» en el juzgado envuelto en picarescas de los barrios

del trueno. Huyamos de los espejos de la calle del Gato. Mil rostros en la calle, mil coincidencias y discusiones, descubren el esperpento, la «trangallada» si nos emperezamos en no buscar otra lente de mayor poder en el alcance hasta la transcendencia del alma encerrada en la más mísera envoltura y conducta.

Es el esperpento la manía incurable de juzgar sin criterio, lo gobierna la envidia y el hastío, la falta de adecuación entre fines y medios se encubre de vanidad, sin llegar ni de lejos al quijotismo. Nace con el arte narrativo y con la crítica. En la pintura de las cavernas hay vacas esperpénticas. No falta en la *Ilíada*, en la mala y parcial visión de lo heroico por un plebeyo, al tiempo despreciado y temido. En Valle Inclán es algo como la crítica de la razón práctica de la política y la burguesía ciudadana de una época de España. No lo aplicó a Galicia. Para Galicia compuso quizá algún teatro bufo pero en plena emoción pautada por su rigor estético trazó autos de fondo religioso o panteísta. He aquí una ofrenda debida en justicia a Galicia, si sólo a los horizontes de su «pazo» o no es indiferente para reconocerla y celebrarla.

Sin duda, la materia «esperpéntica» se adensa y ofrece más fácilmente a la verificación y recreación literaria desde el triunfo del dinero abstracto. La posibilidad es tentadora en Dickens, en Balzac. Pero Dickens es piadoso y espera algo de la nueva materia humana de banqueros y votantes desarraigados de la tierra y del gremio. Balzac, apasionado, lúcido, ama al satirizar y vituperar. ¿Porqué a Valle Inclán le atrajo para lucir e imponer su estupendo y matizado castellano una época que no era la suya? Tuvo vagar y ocasión como pocos para advertir hondas transformaciones en las conciencias españolas. La misma sociedad esperpéntica fue la estudiada con amor e indignación por Galdós, con curiosidad y ternura por Baroja. Valle Inclán recorrió solo, aunque muy acompañado, en todos los meridianos la noche de Madrid. Su juventud había quedado en Compostela y seguía rondando el momento de asaltar su «pazo» heredado. En las postrimerías de la reina de «los tristes destinos» terminó en esperpento la historia aún digna de ser vivida en los siete años de la guerra dinástica. Pudo oponer los caracteres y la ética carlistas como antídoto de la esperpéntica liberal y ciudadana. Pero ya en la segunda guerra Bradomín moviéndose, no poco fatigado don Juan, entre sanas bocanadas de bosque y pequeñas intrigas de antesala errante, percibe el esperpento, aunque quizá más pereza que convicción no llegue a darle forma.

En el *Esperpento*, Valle Inclán no prefiere, no perdona, ni especialmente condena. En la sátira hierve un fondo anhelante de amor. En el

humorismo la esperanza, la simpatía, la ternura se muestran más afectuosas y eficaces que en las declaraciones apologéticas terminantes cuyos perfiles se embotan fácilmente en doctrinarismo. Sólo puede dominar el Esperpento un acabado artista, exacto, frío, dueño de sí con placer de jugador o de tirano en arriesgar cartas y cabezas, indiferente a la voz de la conciencia literaria, la más difícil de acallar o reducir. Porque a cada esquina de la tortuosa y atrayente realidad se le descubren en grimorios de rostros y laberintos de situaciones caracteres imperativos o suplicantes. Reclaman la garantía del impacable tratamiento que los burile y los fije, aunque sea para el escarnio. Y por el riguroso voto de la esquelética estructura propuesta quedan en brillos de lentejuelas, en sombras bordeadas de fiebre en el paisaje calcinado, de escombreras humanas, de lo «esperpéntico». Su método, de escalpelo y ácido, mejor parece dura preparación y ejercicio, anterior a la visión total novelística. Valle Inclán debió gozar infinitamente, constatando la seguridad de su pulso, la claridad y disciplina en labrar caracteres y situaciones, con el esquematismo, la buscada concisión, la frase de eslabón y yesca andaluza, cordobesa más que sevillana, con el ritmo abreviador y desdeñoso del habla de Madrid. A través del tratamiento esperpéntico parecen confirmarse siluetas castizas de una España entrevista con dolor por Larra, por los costumbristas celebrada con alegre pereza, fustigada en Galdós con el empeño de descubrir las heroicas calidades esenciales caídas en pasajera intoxicación. Valle Inclán, probando a cada paso su metal y disciplina, hace de las tapias y las fachadas mural esperpéntico con acento panfletario de «*La corte de los milagros*». Reserva, como los orfebres para su propia satisfacción, el apurado tratamiento esperpéntico para pequeñas obras maestras. Cada una termina sobre sí misma sin apelación como el argumento de una moneda en su orbe. Se ajustan como mantón de chula, faja de jaque, argolla de ajusticiado. Para Valle Inclán una disciplina de monaquismo literario. El disparate vago, dislocado, a saltos, se ajusta en cristal de duros diedros, conforme a invariables ejes bien calculados de vileza, lujuria, pereza, hipocresía, en el Esperpento. Hay una generosidad de gran señor en Valle Inclán: regala a sus víctimas en huesos un hablar rico, acuñado en frase casi siempre sentenciosa. Ellos parecen notar lo y dilatar los momentos concedidos en el regodeo del gasto de manzanilla y el humo de los habanos de su acuñada elocución de estricta ley. No exige la gloria y consuelo de las ilustres comparaciones, porque sólo en algunas páginas de la picaresca —recordamos algunas del «*Buscón*», olvidando como cortesía el apa-

sionado genio de Quevedo— cuelgan de los secos árboles de la historia carámbanos tan fríos y heridores como los que en el invernal cierzo suscitado por Valle Inclán, cortan la cara y el alma de sus preferidos para el desprecio.

Se ha fijado con verdad y pericia paisajística el ámbito geográfico de Valle Inclán. Con sus variantes de orlas ribereñas, de cuestras, valles articulados como las regiones de un retablo, montañas, relativas montañas. Con sus bordes indecisos y sensibles como los de un ser vivo en diversas tensiones. No podría ser otro. Valle Inclán no lo eligió comparando y recordando. No lo quiso por su belleza o mejor acomodación a sus esquemas. Lo heredó como un dominio que de antiguo esperase por su gran mayorazgo en las letras.

El carácter de Valle Inclán, su inicial actitud en cada momento, sólo pueden ser explicados como foco encendido en raro fuego, del cálido orgullo de nación y tradición latente y sólo en personas y ocasiones superficialmente apagado de las estirpes hidalgas o artesanas o labriegas de raíz antigua entre Santiago de Compostela al Oriente, a los promontorios terminales de Arosa al Occidente, abarcando en vuelo de gaviotas y de garzas la Amahia, el bajo Ulla con la Quinta, los flexuosos litorales de Arosa con las caídas meridionales de la Barbanza y el ondulado Salnés, vitícola y geórgico con sus primicias de colinas como senos. Sin duda es inadecuado un proyecto de mapa topográfico. Pero el contorno en detenidas y observadoras vivencias, confiadas en la onda del pueblo auténtico, es apreciable y por mil menudas experiencias se justifica. Contiene superpuestas capas y estructuras extrañas, no se declara en «modos» particulares de vida. Reside, fuerza maravillosa, apasionante, en la raíz del carácter, en el orgullo de la descendencia y en el articularse y relacionarse con el mundo y el destino en una religiosidad cristiana, incluso penitente en función de las genuinas peregrinaciones, injertada en el espino floreciente y recio de la confianza en la magia y sus terribles, probáticas, emocionantes estrategias. Dominó la tradición familiar. Gobiernan más fuertes y obedecidas que si estuvieran presentes lejanos abuelos en algún noble concepto sobresalientes. En las villas y aldeas alienta como llama mantenida de la leña del alma el espíritu de la familia con extensión simpaticante y exigente hasta los límites lejanos del clan. Imperan, si bien disimuladas por la cortesía o la necesidad, simpatías y antipatías seculares. De puerta a puerta, el ancho de una calle de casas blasonadas, o de mansiones pescadoras es suelo familiar de afecto, confianza, perdón, o abismo no franqueable de verdad por puente alguno lanzado

por el poder o la caridad. Una casi continua cerca de pobreza y orgullo envuelve a Compostela obediente aun de cerca de la imposición de las antiguas puertas. Siguen erguidos o cansados y envueltos en indiferencia —una defensa más fuerte de lo que piensan los activistas y eficientes de toda época— los caracteres de «milites» y burgueses plasmados en romántico bulto en la «*Crónica compostelana*».

No menos en los círculos de las parroquias del Giro, educadas en el doblar de los bronces compostelanos, en el valle del Ulla y la escala fácilmente determinable de sus variantes. Las mujeres llevan con frecuencia, sobre todo las solteras mayores y las viudas, a linderos de exasperación el orgullo apasionado de la sangre y el derecho a una superioridad para ellas indiscutible. Dieron el tono a sus familias en días encantadoramente nebulosos grandes hidalgos, «condeses», petrucios de respeto en un mundo labrador no menos jerarquizado que el nobiliario. Si no blasón y sepultura en iglesia o patronato de capellanía, el bonete y el libro sobre el dintel signo de fundación de eclesiástico, las conchas jacobeanas o las armas canónicas atestiguan en el profundo y resonante mundo, rico de ecos, la nobleza. En otro nivel recordemos cómo entre las villas de la Ría ninguna logró nunca el indiscutido rango de capital o de plaza y ágora de todas. Su ciudad como para Valle Inclán sólo puede ser una: Compostela. Los vínculos íntimos, indestructibles, con aparentes períodos de laxitud entre los dieciocho o más puertos arosanos, son semejantes a los tendidos entre las ciudades lombardas en pleno medievo, o entre las flamencas bajo sucesivos señoríos: Borgoña, los Austrias de España, el Imperio, Francia... Es un pequeño mundo federal, entorpecido por el molesto sistema administrativo, de raíces eclesiásticas e hidalgas, en el «humus» fertilísimo, labriego y marinero bajo la vaga y constante presidencia de Compostela, sede de un prelado por la voz del pueblo investido de una soberanía semejante a la ostentada por los príncipes eclesiásticos del Rin aún respetados por Bonaparte. El título esencial, la ejecutoria de derecho universal y divino no es otra que la historia y leyenda del Apóstol, tan ligada a los paisajes de la Ría, mantenida, como siempre, actual en un pueblo acostumbrado a una concepción «retabular» del suceder, externo y superior al tiempo histórico.

El arciprestazgo apostólico de la leyenda debía iluminar sus savias oscuras en corolas brillantes como los faros y las luces pendientes a las puertas de las ermitas. Son los brotes elegidos para el injerto trascendente del viejo tronco gallego, los definidores del haz de señeras comarcas... El lector tendrá la bondad de agregar el prestigio univer-

sitario, la honra y nombradía significadas por la secular peregrinación y otras motivaciones. Pues no intentamos ensayo caracteriológico y volvemos a Valle Inclán. Late hondamente el paisaje humanizado en prolijas pasiones y ciclos probáticos de Arosa, en concertarse a veces trazados al agua fuerte, en «*Divinas palabras*». La recordamos ahora, pues ha llevado por toda Europa la dramática del destino envuelto en los riesgos tentadores de la superstición fluyendo paralela, sin mezclarse sus aguas, al nomadismo de los farandules manejado a lo Villon en la ácida poesía, a lo Zola, a lo Gorki en la escolástica rutinaria y artificiosa del hampa silogística. El carro de las faunalias del geórgico y venúsico amor triunfante, antípoda en panteísmo del carro de análisis, ironías e inesperadas fugas sentimentales de la farándula, parece transposición de aquel magnífico y medieval «carro de heno», alegórico del amor que El Bosco pintó...

En el centenario y recuerdo de Valle Inclán los faros encendidos en la noche de Galicia, al borde la cósmica y entrañable palpitación atlántica, los prometedores al vigilar nuestros sueños de las inmortales alboradas, Rosalía, Castelao, Cabanillas, los tres arosanos, no pueden, no deben quedar olvidados. Pues en el «Camiño Novo», natal de Rosalía, el aire del otoño gusta a la espuma de las grandes mareas en la ría bordeada de magnolias como fragantes y cansadas lunas. Los tres, como Valle Inclán, arosanos. Se puede decir de los cuatro, como de Macías y Rodríguez del Padrón, sombras de enamorados en lentos crepúsculos del Sar, «una tierra los crió»... y no más de la consagrada elegía.

Valle Inclán se rindió a los encantos de la Circe del Arte orgulloso y despectivo. Las esencias de su estirpe espiritual, gallegas y arosanas, mantuvieron altas las chimeneas y las torres de sus «pazos». Fue, a lo jerárquico de Montenegro y Bradomín, hasta en el ejercicio de su filosofar. Profesó en un neoplatonismo de vías y eones con el gusto de recorrer las genealogías metafísicas del Cosmos...

El «pazo» amado y lejano de Rosalía era el patriarcal de las tullas franqueadas en oro de caridad, y los humos azules confundidos en oración con los de las aldeas cubiertas de paja. Se desposó con el dolor de su pueblo y sin saberlo, con amor y dolor, se le descubrió el rumbo y el deber de una poesía humana, universal, en todo tiempo y acento invocada...

Castelao no pensó ni un instante en aparecer vulgar y regional ante las torres de marfil al abrazarse a los ciegos, como a Cristo San Francisco, salvar con el lápiz, la narración, el teatro más moderno por de más hondas raíces, el ser y realidad íntimos de su gente y patria. A

ellas Ramón Cabanillas dedicó los ramos de rosas de su corazón y tripuló la nave de su verso con las leyendas del Atlántico gallego. Los tres, fieles, vivieron y por el amor y el genio guían para siempre los íntimos anhelos del alma de Galicia. Pensando en los tres, no podríamos considerar en el autor de «*Flor de santidad*» un maravilloso Hijo Pródigo. No son presencias, ni figuras las suyas, ni el tiempo actual de estimativas literarias. Algo más profundo siente en su centenario, la Galicia inexpresada sobre Valle Inclán: ve el genio desvalido y solo, lejanas de las Circes y los «pazos» altaneros, volver en silencio votivo a la Compostela de su adolescencia que lo recibe para siempre como al peregrino en busca de su propio corazón.

Cuadernos de Estudios Gallegos. 1966
(C. E. G.) Tomo XXI. Fascículo 65 (pág. 266-280)



Otero Pedrayo y Valle-Inclán en Ourense.

EL VIAJE A ORENSE DE DON RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN

Por Ramón Otero Pedrayo

VALLE-INCLÁN fue a Orense, por primera y única vez, a mediados de septiembre de 1935. Ya estaba enfermo. Sentía, como siempre, una gran curiosidad por todas las cosas de su tierra y, naturalmente, no podía faltar en su experiencia el contacto directo con la ciudad de las Burgas. Da una idea muy exacta y curiosa de ese viaje don Ramón Otero Pedrayo, gran hidalgo de las letras gallegas. Oigámosle.

Llegó con el patricio republicano, institucionista, chiflado y erudito, don Joaquín Arias Sanjurjo; con Carlos, hijo de don Ramón, y con otro joven. Era la hora de mediodía y se metieron en el restaurante Fornos, de tipo popular, en la calle del Progreso. Acudí yo. Don Ramón se peleaba con una perdiz y hacía graciosamente los honores a la comida. Hubo luego café y licores, que Valle-Inclán no probó.

En la sobremesa estuvo muy alegre y cordial, como un viejo estudiante. Desde el comedor se veía la casa, con rosales y ciprés, donde murió, en 1892, don Juan Manuel Pereira, el germen de «El señorito de Reboraina». Yo le recordé a Valle que él, en una conferencia ya lejana dada en el Ateneo, había hablado de Pereira llamándose «mi tío». Valle-Inclán me contestó aclarándome que algo de aquel señor le había servido para el don Juan Manuel Montenegro.

Mandé buscar a don Julio Alonso Cuevillas, del tiempo de don Ramón y compañero suyo en Santiago. Don Julio, a quien Valle-Inclán respetaba, era un admirable escéptico, enciclopedista y muy sabio en filósofos y autores del XVII y del XVIII. Su zodíaco comenzaba en Spinoza y terminaba, apenas, en Renán. Fue abogado del Estado y amigo y consejero de González Besada. Se habló mucho. Arias Sanjurjo ya monologaba sobre su parienta «Sara la Goda», de la familia real de don Rodrigo, y echaba chispas contra Idacio, al que calificaba de «miserable obispillo».

Don Julio Cuevillas, hablando de la casa de Maceda y de su gran poderío, dijo que ya en el siglo XIX, antes de 1808, el cardenal Borbón,

hijo de Carlos IV, y luego arzobispo de Toledo, venía a cazar chaparros y ciervos en la sierra de San Mamed, patrimonio de Maceda. Y que, enamorado de una moza que había dado muerte a un jabalí, compuso unos versos que el conde de Maceda mandó grabar a pico en una roca:

«Un jabalí yace aquí
Muerto por una beldad, [...]»

A Valle-Inclán le gustaron mucho los versos. Mas yo le recordé que eran de un poeta andaluz del XVII, llamado el doctor Rodríguez. Don Ramón quedó conforme.

Le expliqué la Plaza Mayor de Orense, le referí las cosas que en ella habían pasado. Visitamos también la catedral. Le entusiasmó la capilla del Cristo. La plaza le pareció de tipo castellano, y sólo tuvo una frase despectiva para la estatua de doña Concepción Arenal. También le parecieron de tipo castellano los cuadros de la capilla del Cristo, por cierto muy difíciles de percibir. Entre tanto, don Julio y don Joaquín discutían sobre las traducciones españolas de Spinoza.

Valle-Inclán no parecía cansado ni enfermo. Al pasar por el puesto de periódicos de un tal Failde, que era masón y vegetariano —y que no tiene nada que ver con nuestro escultor —, el dueño se puso en pie y, sombrero en mano, exclamó: «¡Este gran don Ramón de las barbas de chivo...!» Valle-Inclán contestó con una reverencia casi de corte versallesco. Luego fue al Liceo, que le pareció un grave y hermoso pazo. Algunos tresillistas lo aplaudieron.

Más tarde, ya en el crepúsculo, merendamos nuestros buenos chocolates. Cuando pasamos por la vieja e hidalga rúa da Obra —mal llamada de Lepanto— un zapatero de portal se irguió saludando «las nobles barbas de don...». Valle-Inclán se imaginó que lo habían conocido y devolvió otra cortesía. No oyó que el zapatero había añadido «don Celestino», un médico muy popular, barbudo y maniático, de Pontevedra. Y yo no saqué de su error a don Ramón.

Y avvicinándose la noche, regresaron los viajeros a Santiago. Don Ramón, que se había manifestado muy cortés, fino, conversador y optimista, me abrazó con su único brazo y se me ofreció mucho.

Volví a verle en Compostela en el café Derby. Y eso es todo. Conservo de él una impresión gratísima de amabilidad y bonhomía.



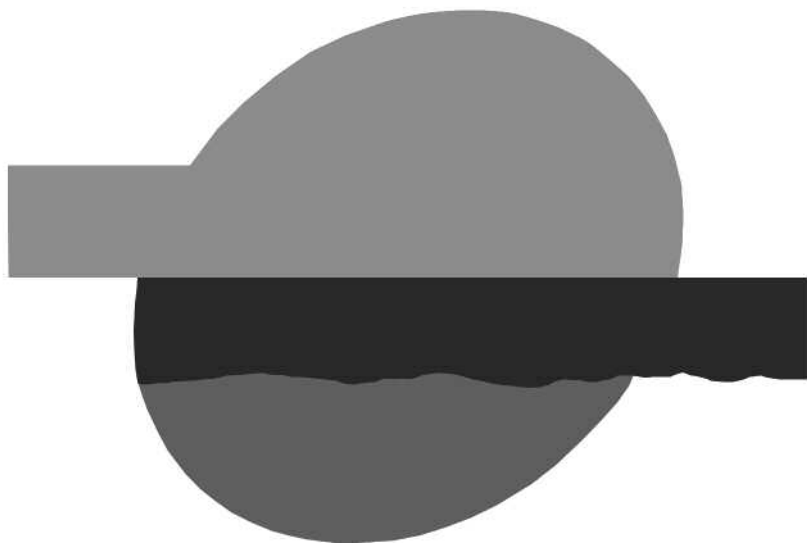
Casa - Museo
Ramón del Valle-Inclán

Rúa Luces de Bohemia
Vilanova de Arousa



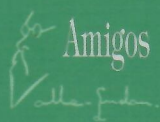
CONCELLO DE
VILANOVA DE AROUSA

REPSOL
YPF





**CAIXA
GALICIA**

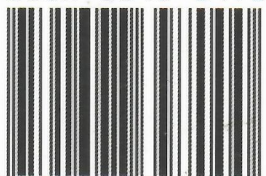


Vilanova de Arousa

CUADRANTE

Revista de Estudos Valleinclanianos e Históricos

ISSN 1698-3971



9 771698 397000

P.V.P

5 €